

**Discurso de Recepción al académico don Álvaro Góngora Escobedo pronunciado por el académico don Joaquín Fernandois Huerta, en la junta pública celebrada el martes 19 de abril de 2011.**

**Señor Presidente, señores académicos(as)**

**Queridos Alvaro, Gloria e hijos,**

**Señores y señoras**

En 1974 tuve a bien conocer a nuestro nuevo académico, como uno de los pocos alumnos de un curso monográfico. Fue el primer curso que dicté como profesor del mismo en la Universidad Católica de Valparaíso. Desde entonces conozco a Alvaro Góngora; por la escasa edad que nos distanciaba, pronto fuimos anudando amistad. No podía imaginar que los azares del destino y la distinción que me ha hecho, determinarían que me cupiera pronunciar este discurso de recepción y elogio del nuevo Académico de la Historia. Se trata además del primer discurso de recepción que me cabe redactar, lo que hace de esta ocasión una suerte de doble incorporación.

Álvaro Góngora fue parte de un núcleo que distingue a nuestras facultades de humanísticas en donde abunda la desorientación, la apatía y el convencionalismo entre sus estudiantes, un mal no poco universal, muchas veces disfrazado de “resistencia” o de “visión crítica”. Sin embargo, y yo lo he presenciado desde hace 45 años, desde que ingresé como estudiante, estos centros han podido emerger como puntos de referencia gracias a estas “minorías estudiantas”, parafraseando a Arnold Toynbee. Alvaro perteneció plenamente a esta falange. No calentaba el puesto. Era un centro dinámico de la curiosidad

intelectual, en los cursos y seminarios; en las inolvidables conversaciones del café Santa Julia de la calle Yungay, donde en la segunda mitad década de 1970, la palabra discutidora combinaba la historia con la política, según un antiguo pelaje historiográfico. En la calle de afuera bullía el mercado urbano, en su expresión más pura y también más vulgar, contraste nada de raro en nuestra historia. Decir “motivado”, o “interesado” no es suficiente para esta carrera desde que tempranamente ingresara a la pista el futuro historiador. En nuestro país. el estudio y la investigación en el radio de las humanidades ha podido vivir y desarrollarse gracias a vocaciones como esta.

En ese hogar de la Universidad Católica de Valparaíso, bajo la inspiración de don Héctor Herrera, de la que no escapó Alvaro Góngora, se había formado un fondo historiográfico que sería casi imposible reducir a una escuela o a una fórmula. No cabía duda que la historia no era cultivado exclusivamente ni como ciencia, ni como arte, ni como medio de comprender y responder a las demandas del presente. Eran los tres rasgos al mismo tiempo. La distinguía una especie de síntesis extraña y creativa entre aproximaciones arcaicas, “anticuadas” si se quiere, al saber histórico, junto con una decidida actitud traducir ese saber a las contingencias del momento, aunque sólo una minoría lo interpretó por aquello que entonces se llamaba “compromiso”.

Para quienes iniciamos la carrera académica en los años 1970, no se nos olvida la circunstancia histórica de la vida universitaria. Antes de eso, por razones político-culturales, hubo una gran expansión del sistema universitario en la segunda mitad de los setenta. Algunos como la generación de don Héctor y don Mario Góngora, acometieron la

larga marcha de la creación de la institucionalidad universitaria para efectuar tanto docencia como investigación, todo esto antes de la llegada masiva de fondos en los sesenta. La segunda mitad de los sesenta vio un florecimiento e incremento más que apresurado. En la década de los ochenta se reanuda la marcha y en las últimas dos décadas el desarrollo tanto de la vida universitaria como de la institucionalidad que fomenta la investigación y la conectividad planetaria con la república de la letras ha tenido un masivo desarrollo cuantitativo. Entremedio, debido a razones políticas y económicas quedó un vacío de gran contracción de la vida universitaria.

A la intervención por la confusión entre ciencia e ideología primer, se sumó la intervención por la “vigilancia” y la paz artificial, orientada a la parte yerta de la vida de cementerios después. A ello se sumó un cambio de la posición del académico ante el público, no siempre para mejor, y que de alguna manera mantiene una posición ambigua hasta el día de hoy, lo que para colmo es un fenómeno global. No era fácil iniciar la vida académica en esos años, y Alvaro tuvo que transitar ese camino con muchas renunciaciones, aunque a la postre la disciplina y esfuerzo lo premiaron con una distinguida carrera como académico e historiador. Su incorporación a la Academia de la historia en este día, es otro palmo más en esa trayectoria. También, al igual que su biografiado Jaime Eyzaguirre en su juventud, tuvo que lidiar sin pestañear y sin auto-contemplaciones con considerables obstáculos físicos en sucesivos momentos de su vida. A mediano plazo, ellos se mostraron como activos que propulsaron su actividad y pleno aprovechamiento de su capacidad natural.

No todo fue problema. También hubo una oportunidad. Efectivamente, en la medida en que se puede fijar una fecha, 1973 es un punto de inflexión en la relación de la historia como forma de conocimiento y como disciplina por una parte, y el debate público en torno al estado del país. Como todas las verdaderas transformaciones, esta no ocurrió de un día para otro, sino que ha sido un lento pero seguro proceso. Ello ocurrió primero de una manera más evidente al incorporarse la historia contemporánea a la investigación y discusión, movidos los espíritus por la dramática crisis nacional de la primera mitad de la década, tema que había sido excluido del conocimiento desde la década de 1920 hasta los sesenta; y segundo, menos notorio al comienzo, pero que se hace ver con más fuerza desde los ochenta hasta ahora, la participación de lo que me atrevería a llamar el “argumento histórico” en los debates públicos. No se trata de la pura historia contemporánea, sino que al pensar la contemporaneidad y todos sus dilemas, la totalidad de la historia se hace presente. Sólo basta dar una mirada a los ardorosos y no pocas veces arbitrarios debates sobre temas étnicos o sobre las consecuencias internacionales del desarrollo del Estado en el siglo XIX. No siempre, eso sí, ha destellado la sabiduría en estos debates. Alvaro Góngora cuyo centro de gravedad en especialización está en el siglo XIX, es un ejemplo de este papel más variopinto asumido por el historiador contemporáneo, a pesar de que él mismo ha efectuado importantes contribuciones al estudio del siglo XX, que con justicia considera poco entendido y algo deformado en el conocimiento histórico, por paradójico que pueda sonar esta afirmación.

Es en esta encrucijada histórica donde emerge la figura de Alvaro Góngora, representando las diferentes facetas de sus posibilidades, y estrechando con rigor y originalidad. Ya en su tesis de pregrado –mucho más importante entonces por no existir postgrados- junto a otro destacado compañero suyo, Jorge Osorio, redactó una tesis sobre la epidemia de cólera en el Chile de la década de 1880. Quizás sin saberlo, se ponía a la vanguardia de tendencias europeas y norteamericanas de estudios historiográficos de áreas de la vida antes más ignoradas. Transitaba por la nueva historia social, al tomar la enfermedad no sólo como un dato clínico, sino como formas de afrontar la civilización y diseñar el futuro de la sociedad.

En esos años tuvo una intensa actividad como ayudante de docencia en el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso y en la Escuela de Arquitectura de la misma casa de estudios. Egresó de la UCV en 1970, y seguirá luego un programa en ILADES, donde complementó la formación con otro tipo de ciencia social. El traslado a Santiago le sirvió ocasión para intensificar una relación que antes era ocasional, su ilustre pariente, el historiador Mario Góngora. En los años entre 1981 y 1985, cuando don Mario fallece, Alvaro tuvo ricas conversaciones con este historiador, un auténtico pensador chileno. Para Alvaro se trató de una especie de postgrado informal, que a veces son las experiencias más decisivas en la vida intelectual. El postgrado formal lo obtuvo en 1992 en al ser ungido con el título doctor en historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile, en 1992, con la distinción máxima.

La vida formal de académico para Alvaro Góngora se inició al ingresar al Instituto Pedagógico, tal como quedó después de haber sido la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, hasta transitar por todos los terremotos políticos a partir de 1958 –fecha que señalo siguiendo las observaciones de Luis Alberto Sánchez-, y que quedó un tanto a la deriva, a pesar del heroico esfuerzo de algunos académicos en diversas disciplinas humanísticas, que crearon un núcleo rescatable que ha dado testimonio de su labor. Alvaro estaba entre aquellos que destacaron en la labor de reconstrucción que pudo efectuarse, llegando a formar parte del Junta Directiva de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

Más importante, Alvaro efectuó allí encuentros que marcarían su trayectoria historiográfica. Además de Héctor Herrera, figura fundacional en el sentir histórico para tantos de nosotros, y a quién nuestro nuevo académico había encontrado en la UCV, como ya dijimos, hubo otras dos personas. En primer lugar, anudó prontamente un vínculo de por vida con Gonzalo Vial, lo que lo constituiría uno de sus maestros tanto en la disciplina, como en la sapiencia de vida. Con Gonzalo Vial redactaría varios libros y trabajaría estrechamente unido, lo que incluía amistad personal y una lealtad a toda prueba de parte de Alvaro, sin que el nuevo académico haya perdido ni un ápice de su independencia intelectual y de su práctica historiográfica. Admirable esta relación por ambas partes, por Alvaro Góngora y por Gonzalo Vial.

En segundo lugar, esta relación era de a tres, nada de extraño en la vida del homo sapiens. Con Patricia Arancibia, a quien nuestro académico conoció en la Metropolitana, anudó una relación de amistad y trabajo en común que dura hasta nuestros días. Han sido

coautores de dos libros y actualmente se encuentran en la empresa de un tercero. En efecto, se trata de un trío sólo separado por el lamentado fallecimiento de Gonzalo Vial, quién dejó sus huellas en señeras obras de la historiografía nacional.

A partir de 1993, la labor de este trío se centró en la Universidad Finis Terrae, todavía la sede de trabajo de nuestro historiador, donde ha sido director de la Escuela de Historia y en la actualidad es director del Centro de Investigación y Documentación en Historia de Chile Contemporáneo (CIDOC). Allí ha colaborado en efectuar una versión propia, genuina, de esta universidad, en crear un “lugar de la memoria”, para expresarlo con una consigna de moda. En los hechos, ha sido la iniciativa más prolífica en ir haciendo acopio de fuentes testimoniales y documentales para conservar la historia contemporánea de Chile. Aunque, como he dicho, Alvaro centra su investigación en el XIX, su aporte al siglo XX tiene un sentido especial, que revela la necesidad para el tiempo presente de comprender con más sensibilidad la historia de la segunda mitad del siglo XX. El debate sobre la misma, o muchas veces una imagen caricaturesca de la misma define las opciones de nuestros días.

En todos estos centros de estudio, el nuevo académico ha aportado con independencia de criterio, libertad de juicio, con el ideal de la objetividad, sin renunciar a orientaciones liberales que manifestado reiteradamente aunque sin expresarlas con dogma o estrechez de mente, así como un catolicismo del alma sin énfasis demostrativo, aunque de sinceridad demostrada.

Es hora de hablar de la obra historiográfica concreta de Alvaro Góngora, aunque su mundo de historiador no se agota en la misma, como podría cualquiera que haya tenido en

cuenta lo que ya he señalado. Sus trabajos, ensayos y artículos son demasiado numerosos para enumerarlos. Baste que me refiera a algunos de los libros en que fue autor o coautor.

Su primer libro de gran peso ha dejado una marca indeleble, *La prostitución en Santiago 1813.1931*. No sólo porque llegó a la historiografía un tema que antes se refería a análisis legales o sanitarios. También fue pionero en poner un tema acerca de los valores que desplegamos en el desempeño del cuerpo un tema que surge preocupando al autor, como lo diré poco después. Asimismo, en la época de la “autonomía del uso del cuerpo”, como se denomina, o de la discusión acerca de la permisibilidad de las drogas, eco de aquel sobre el alcohol y el tabaco (en mi humilde opinión, dimensiones distintas e inconfundibles de la experiencia humana). En fin, aquí se abre una Caja de Pandora. Lo percibían los chilenos que de ello se preocuparon en el período tratado por Alvaro Góngora, como lo muestra en este trabajo distinguido por lo acucioso de la investigación, lo diferenciado de las fuentes, los objetivos hasta donde es posible de los juicios y criterios que subyacen nunca de una manera demasiado explícita a la prosa clara del autor. El libro carece de la pedantería irritante y de la fraseología rimbombante común en nuestros días. El concepto de “elite”, tan manoseado en nuestra época, está explicado de una manera sencilla y profunda, y calza con el fondo de la investigación.

Algunos de los juicios expresados en esos debates se nos aparecen ingenuos, y plagados de prejuicios. Sin embargo, la mayoría de ellos, tras pasados por el tamiz del cambio de vocabulario para entenderlos a través de nuestra época, se presentan sorprendentemente contemporáneos. (JFH:) Imposible no pensar, antes el estudio de esta toma de conciencia pública de la gravedad de los problemas relacionados (alcoholismo, la

entonces llamadas “enfermedades sociales”), en que los actuales debates acerca de las conductas sexuales, a veces definidos como “derecho a ejercer propiedad del cuerpo” lleva a problemas más generales. Se olvida que no ha habido sociedad que haya construido una civilización vigorosa sin haber establecido reglas del comportamiento sexual, aunque estas varíen a lo largo de la historia. Por otra parte, el mundo moderno ha efectuado tal tipo de reevaluación de la sexualidad ya sea por razones de autonomía del individuo o de adelantos científicos, que no sería extraño que sea sensato modificar codificaciones expresas o tácitas, para precisamente renovar el corpus de “reglas del juego”. (fin JFH). Todo esto asoma un poco su cabeza en el mundo traído a colación por Alvaro Góngora.

Una atención especial merece después una trilogía de historias biográficas que significaron una renovación de este género como atributo historiográfico, en la cual nuestro historiador tuvo participación protagónica. El género biográfico en Chile ha estado en pañales. Con estos libros, y otros a veces escritos por no historiadores, ha comenzado la cuesta arriba hacia la mayoría de edad. Ha sido difícil escapar de los dos polos fatídicos del género biográfico: la apología acrítica por un lado; y por el otro, la orden políticamente correcta de que hay que deconstruir al biografiado por la otra. En el intertanto, la historia con seres de carne y hueso se nos escurre de la lectura. En estas biografías esa tentación disminuye en presencia –jamás puede estar ausente de todo-, incluso en la de Jaime Eyzaguirre, maestro venerado de Gonzalo Vial, uno de los coautores; la otra coautora es Alexandrine de la Taille. La de Jorge Alessandri la escribió el trío en cuestión, Alvaro, Gonzalo Vial y Patricia Arancibia. La de Eduardo Frei –a la que le dediqué un largo comentario en *Estudios Públicos*- la escribió junto a Patricia Arancibia y Cristián Gazmuri.

En las tres sólidas biografías en que participó, Alvaro Góngora se concentró en escribir la parte de juventud de los biografiados. Hay que explicar que un país como Chile, es muy difícil hallar huellas de la infancia o juventud. ¿Cómo lo hizo? En Eyzaguirre, destaca la relación con el mundo intelectual de la época, sobretodo su experiencia religiosa, que lo definía de punta a rabo, y el temprano distanciamiento de la política. Ello suena extraño, dada la resonancia que tuvo y tiene su obra, y como se la ha identificado con un polo político, aunque sus admiradores se encuentran ubicados en un amplio espectro. Viendo al adolescente y al joven, esta paradoja se explica con mayor claridad. En la biografía de Jorge Alessandri, destaca no sólo la formación de la persona y su inmersión y distancia – nuevamente- con la política. Se ve también como Jorge Alessandri se construye para sí mismo como un personaje, escudo y carga en su vida personal. En la de Eduardo Frei, donde hay más documentación, se muestra con detalle el desarrollo de joven estudiante del político en ciernes, del católico para el cual la intimidad y lo público eran experiencias vinculantes. De paso, es genial y nos asoma a un escenario vívido de época, el retrato del mítico rector de la universidad Católica, monseñor Carlos Casanueva. Toda esta parte está pletórica de rincones. En la actualidad, junto a Patricia Arancibia, Alvaro Góngora prepara una biografía sobre Hernán Cubillos, persona con dimensión política insospechada, con una visión original de cómo salir de la trampa en que se colocó el país en toda la década de 1970.

En historia política clásica, que está vivita y coleando a pesar de los agoreros, Alvaro dirigió una historia de Chile interpretativa, de alta divulgación, centrada en lo político. El se hizo cargo de la parte del Estado en el siglo XIX. Aunque comparte la interpretación positiva del sistema portaliano, muestra independencia de criterio al analizar ese proceso tan discutido por historiadores y políticos en los siglos XIX, XX y XXI, amén de ser una excelente síntesis para el público ilustrado.

En un rasgo historiográfico distinto, se debe nombrar dos pequeños pero contundentes trabajos del nuevo Académico. Uno de ellos, en el segundo volumen de la Historia de la vida privada dirigida por Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri, sobre el desarrollo de Viña del Mar como balneario, y que tocó mis fibras íntimas como viñamarino, al igual que Alvaro. Me proporcionó un dato nuevo sobre la Avenida Perú, a la que siempre he considerado un lugar metafísico de Viña, *no* un “no lugar” como se dice ahora. Ojalá que no lo destruyan, pasatiempo de los viñamarinos y de los chilenos en general con sus lugares hermosos. El segundo, sobre “El cuerpo en la ciudad de Santiago 1541-1850”, apareció hace un año en un libro editado por él mismo, junto a Rafael Sagredo, precisamente un Historia del Cuerpo. Trata con novedad un tema conceptualmente antiguo, en qué medida nuestro hábitat y desarrollo organizando social y culturalmente el cuerpo humano. No resisto citar un testimonio recogido por el autor, de un viajero que confesaba en el siglo XIX “que nunca había sentido más frío que el que sufrí ese primer invierno que pasé en Santiago”. Le creo completamente. Lo repite además Pablo Neruda en sus memorias.

Señor Presidente, señores Académicos, creo haber demostrado que el nuevo miembro de número que ingresa hoy en día posee todos los talentos y méritos para efectuar un distintivo aporte a nuestra Academia. Ha sido para mí una honra el haber participado en su recepción, y agradezco tanto Alvaro y a gloria la amistad que me han mostrado, como a la Academia por tener esta oportunidad no muy común de recibir a quién será desde hoy un Académico de la Historia.

MUCHAS GRACIAS